

Alegato político y discurso literario en *¡Vámonos con Pancho Villa!* y *Se llevaron el cañón para Bachimba* de Rafael F. Muñoz

RESUMEN

El presente artículo muestra el valor literario e ideológico de la narrativa de Rafael F. Muñoz y, más particularmente de sus dos novelas. A lo largo de él se analizan *¡Vámonos con Pancho Villa!* y *Se llevaron el cañón para Bachimba* como ejemplos de obras que responden a las polémicas literarias y políticas de su tiempo sirviéndose de la figura de Pancho Villa.

Palabras clave: novela de la revolución, literatura, política, Pancho Villa.

Political allegation and literary speech in *¡Vámonos con Pancho Villa!* y *Se llevaron el cañón para Bachimba* by Rafael F. Muñoz

ABSTRACT

The present article shows the literary and ideological value of the narrative of Rafael F. Muñoz and, more particularly of his two novels. Along him they are analyzed *¡Vámonos con Pancho Villa!* and *Se llevaron el cañón para Bachimba* as examples of works that answer to the literary and political polemics of his time being served Pancho Villa's figure.

Key words: Novel of the revolution, Literature, Politics, Pancho Villa.

A partir de 1924, con la llegada a la presidencia de la República de Plutarco Elías Calles, se empieza a imponer en México un proyecto cultural marcada por un nacionalismo radical. Rompiendo con el camino marcado por Vasconcelos en el periodo anterior, a partir de ahora se va a intentar favorecer a aquellas manifestaciones artísticas que, como el muralismo, buscaban su fuente de inspiración en lo que para ellos representaba la esencia de lo mexicano (lo popular, el costumbrismo, el folklore, lo indígena, lo campesino, etc.), mientras que se rechazará cualquier otra que tomase como punto de partida lo que se consideraba ajeno a esa tradición (el hispanismo, el cosmopolitismo, etc.).

Sin duda, una de las primeras consecuencias de este nuevo rumbo va a ser la polémica que se desarrollará desde finales de 1924 tras la publicación de un artículo

de Julio Jiménez Rueda en el que se lamentaba de lo que él mismo describía como “el afeminamiento de la literatura mexicana”¹. En realidad, esta discusión tenía dos aspectos: en primer lugar, se atacaba con muy poco disimulo a un grupo de poetas que en ese momento estaban empezando a destacar, a los que hoy conocemos como los Contemporáneos, a los que se identificaba con un arte vanguardista, extranjerizante, formalista y burgués²; y en segundo lugar, se ponía en duda la existencia de una literatura “viril” que fuese fiel reflejo del espíritu de la nación y que se adaptase a las necesidades del pueblo mediante un arte realista, ajeno al esteticismo escapistista. El debate que siguió al artículo de Jiménez Rueda, en el que intervino buena parte de la intelectualidad del momento, tuvo una primera consecuencia importante desde el punto de vista de la historia de la literatura: la consagración a la categoría de modelo de una obra que, habiendo sido publicada en 1916, había pasado sin demasiada gloria hasta entonces: *Los de abajo* de Mariano Azuela³.

Puestas, pues, las bases teóricas y señalado el modelo, no es de extrañar que en los años siguientes empezasen a publicarse un número considerable de obras que, aunque con las lógicas variantes, respondían en buena medida a un patrón común. Rápidamente se acuñó un membrete para referirse a ellas, Novela de la Revolución Mexicana, que de hecho sancionaba esa vocación política de crear un arte nacional. Poco después se intentaría sistematizar como un género en sí mismo⁴ formalizando un corpus de autores y obras, así como unas características comunes que lo definirían: los reflejos autobiográficos y testimoniales, la organización episódica, el carácter épico y el espíritu nacionalista⁵.

Sin duda, uno de los escritores más representativos de la Novela de la Revolución Mexicana es Rafael Felipe Muñoz (1899–1972), pese a lo cual no sólo no ha tenido la trascendencia internacional que merece, sino que, durante años, incluso en su propio país sus obras fueron relegadas a un olvido que también padecieron otros

¹ Cfr. V. Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura “revolucionaria”*, México, FCE, 1989.

² Un excelente resumen de las polémicas que se vivieron en esta época en torno a la literatura nacional, en particular en lo relacionado con los Contemporáneos, puede encontrarse en Rosa García Gutiérrez, *Contemporáneos. La otra novela de la Revolución Mexicana*, Huelva, Universidad de Huelva, 1999.

³ Fue Francisco Monterde quien propuso esta obra como ejemplo de lo que debería ser la novela de la Revolución y, aunque su propuesta no fue acogida por todo el mundo de igual manera, sin embargo a la larga acabó imponiendo el modelo de lo que después se llamó Novela de la Revolución Mexicana. Sobre este tema puede verse también Jorge Ruffinelli, “La recepción crítica de *Los de abajo*”, en Mariano Azuela, *Los de abajo*, edic. Jorge Ruffinelli, Madrid, Archivos, 1988, pp. 185–213.

⁴ Sobre los problemas que plantea esta posibilidad, véase del Mar Paúl Arranz, “La Novela de la Revolución y la revolución de la novela”, *Revista Iberoamericana*, 186(1999), pp. 49–57.

⁵ Antonio Castro Leal, “Introducción” a *La Novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 1958, vol. I.

contemporáneos suyos y del que casi sólo escaparon Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán⁶.

Es posible que, en parte, esta situación se viese favorecida por el hecho de que, como otros narradores de su generación, Muñoz se dedicó a la literatura de una manera no profesional (su actividad principal fue primero la de periodista⁷ y posteriormente la de funcionario⁸); que su actividad como escritor, al menos desde un punto de vista editorial, se prolongase a lo largo de un periodo relativamente corto de años; y que prácticamente la totalidad de su obra gire en torno a un único tema: la Revolución Mexicana. Así se puede ver tanto en sus colecciones de cuentos (*El feroz cabecilla y otros cuentos de la Revolución en el Norte*, 1928, *El hombre malo y otros relatos*, 1930, y *Si me han de matar mañana*, 1934), como en sus dos novelas: *¡Vámonos con Pancho Villa!* (Madrid, 1931) y *Se llevaron al cañón para Bachimba* (Buenos Aires, 1941), que son la parte más importante de su producción.

En el caso concreto de *¡Vámonos con Pancho Villa!*, los estudiosos que se han ocupado de esta novela han señalado sus evidentes fallos estructurales, seguramente causados por las prisas con las que trabajó y por estar conformado en buena medida a partir de materiales preexistentes. Él mismo ha declarado que había recibido el encargo de escribir algunos relatos para ser publicados en *El Universal Ilustrado*⁹, pero la serie quedó inconclusa porque el director del periódico decidió inte-

⁶ Después de haber contado con el apoyo oficial y el interés de la crítica, siguieron unos años en los que la Novela de la Revolución Mexicana fue marginada alegando una serie de defectos que, de hecho, se pueden identificar con muchas de sus características esenciales. Es decir, fue juzgada a partir de unos criterios que no eran los de su momento y, probablemente, se la comparó con la novela más moderna que se empezó a desarrollar en México ya a partir de los años cuarenta. Sin embargo, a partir de los años sesenta, hubo un intento por parte de algunos críticos mexicanos, como José Luis Martínez, de reconocer a estas obras y autores de la Revolución un lugar de relieve dentro de la literatura del país azteca y de devolverle a la actualidad pero no alcanzaron los objetivos que se habían propuesto y la mayor parte de estos autores siguieron fuera del mercado editorial.

⁷ Durante años colaboró con los periódicos *El Heraldo*, *El Universal*, *El Universal Gráfico*, y *El Nacional*, de la ciudad de México; así como con revistas como *Frente a frente*, *El libro y el pueblo*, *Universidad* y *Ruta*. En 1928 fue nombrado secretario general del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa cargo para el que fue reelegido en 1934 (cit. I. C. Jeffery, *op. cit.*, p. 18). Conviene recordar la importancia que tuvieron algunos de estos periódicos, en especial *El Universal Gráfico* en el desarrollo de la Novela de la Revolución Mexicana.

⁸ A finales de los años treinta, inició una carrera en la burocracia de la mano de su amigo y poeta Jaime Torres Bodet. Con él como Secretario de Estado trabajó entre 1943 y 1951 en la Secretaría de Educación y en la de Relaciones Exteriores; en 1958, de nuevo gracias a Torres Bodet, se reincorpora a la Secretaría de Educación.

⁹ Antonio Lorente en "La Novela de la Revolución Mexicana", en Trinidad Barrera (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 2008, tomo III, p. 45

rumplirla. Muñoz tomó entonces la decisión de reunir algunos de ellos al tiempo que desarrollaba el último. El resultado es una novela organizada en dos partes bien diferenciadas. La primera, constituida por los cinco primeros capítulos, que gira en torno a un grupo de campesinos alzados en armas, los “leones de San Pablo” (Tiburcio Maya, Máximo Perea, Rodrigo Perea, Melitón Botello, Martín Espinosa, el Manco, Miguel Ángel del Toro, llamado *Miguel Diablo* y *Diablillo*, por ser el más joven), que se unen al ejército de Pancho Villa. Lo que da unidad al conjunto es que cada uno de los capítulos acaba con la muerte de uno de los protagonistas, unas veces de manera heroica, otras francamente absurdas.

Así, el escritor pone en el centro de su discurso uno de los temas que más se repite a lo largo de su obra: el enfrentamiento del hombre con la muerte y su desprecio por la vida. De tal manera que no sabemos si esta forma de actuar es fruto del valor o si, por el contrario, no es sino consecuencia de las durísimas condiciones de vida del campesinado mexicano¹⁰. Lo cierto es que, no sólo en ésta, sino en general en toda su obra, podemos ver escenas de gran heroísmo y de dignidad ante la muerte que provocan admiración, pero también de una crueldad que causa horror. Muñoz reflejará esta realidad con mirada fría y sin introducir ningún tipo de juicio moral¹¹ ni de partidismo, como lo demuestra la circunstancia de que todos los bandos en conflicto (federales, villistas, carrancistas, orozquistas, etc.) participan de esta doble actitud.

Sin embargo, la segunda parte de la novela rompe con el marcado carácter fragmentario de la primera de manera que se caracteriza por una sólida coherencia interior haciendo que toda ella gire en torno a los dos únicos protagonistas y a la particular relación que los une: Tiburcio Maya, el único de los “leones de San Pa-

destaca la importancia que tuvo en el desarrollo de la Novela de la Revolución Mexicana la prensa, ya que en sus páginas se publicaron cuentos y novelas cortas que tenían una importante difusión; además, la necesidad de adaptarse a las exigencias de los periódicos, favoreció algunas de las que tradicionalmente se han considerado características del “género”, como el fragmentarismo, la brevedad, el lenguaje directo y alejado de los esquemas retóricos tradicionales, etc.

¹⁰ “Los hombres acostumbrados a la vida armada del campo, donde a tiros se defiende una milpa contra los ladrones de elotes, a tiros se disputa un caballo salvaje si más de un jinete lo persigue, a tiros se vive y a tiros se muere”, Rafael F. Muñoz, *¡Vámonos con Pancho Villa!*, La Habana, Edit. Arte y Literatura, 1986, p. 34. Todas las citas de la novela remiten a esta edición.

¹¹ Según José Revueltas, el mayor mérito de Muñoz es que aborda “la realidad sin prejuicios, sin tesis previas, sin nociones metafísicas –rojas o blancas– sobre el Bien y el Mal: es decir, como todo escritor verdadero debe enfrentarse al problema de la creación literaria”, citado por I. Catherine Jeffery, *El arte narrativo de Rafael Felipe Muñoz*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1986, p. 8.

blo” que queda vivo, que además sirve como principal nexo de unión entre ambas partes, y Pancho Villa.

¡Vámonos con Pancho Villa! se ambienta en el periodo que va desde principios de 1913 hasta 1916, es decir, los años que coinciden con la máxima gloria de Villa, coincidiendo con las victorias de Torreón y Zacatecas, a las que se hace referencia en la primera parte; y su declive tras la derrota en Celaya y su huida, perseguido por el ejército carrancista y por la “Expedición Punitiva” enviada por Estados Unidos en su busca después del ataque contra la localidad de Columbus, que serán el trasfondo de los hechos narrados en la segunda.

Algunas declaraciones suyas en el sentido de que todo que se narra en ella es cierto, así como el hecho de la obra haga referencias constantes a sucesos y personas históricas, han favorecido algunas críticas que ponen en duda su condición de novelista. Acusaciones que Muñoz desdeñaba de la siguiente manera: “Cuando algunos dicen despectivamente que soy historiador, en mi fuero interno me conformo con ser firme cuentista”¹². Y es que el propio autor explicó que, a partir de acontecimientos reales de los que había sido testigo o que simplemente había leído o conocía de oídas, había procedido a construir una ficción recreándolos, mezclándolos con situaciones inventadas, etc.

Por tanto, a Muñoz le interesan los hechos realmente sucedidos principalmente como medio para perfilar mejor la personalidad de Villa y, en especial, el poder de atracción que ejercía sobre sus hombres. Somos testigos de esta última circunstancia en el mismo momento en el que el narrador relata el encuentro entre los “leones de San Pablo” y Villa:

Se fueron en busca de Pancho Villa hasta encontrarlo: treinta y cuatro años de edad, cien kilos de peso, cuerpo musculoso, como una estatua. Su mirada parece desnudar las almas: sin interrogar, averigua y comprende. Es cruel hasta la brutalidad, dominante hasta la posesión absoluta. Su personalidad es como la proa de un barco, divide el oleaje de las pasiones: o se le odia o se le entrega la voluntad, para no recobrarla nunca¹³.

Que se trata de un asunto de la máxima importancia para Muñoz se demuestra en que esta capacidad del caudillo de conseguir la adhesión inquebrantable sobre gentes de muy distintas características reaparecerá de manera recurrente en su obra. Por ejemplo en el cuento “El repatriado”, perteneciente a *Si me han de matar mañana* (1934), narra así el encuentro de Villa con un joven:

Lo habían llevado ante el jefe, ante Él, ése a quien no es necesario llamar por su nombre.

¹² *Ibid.*, p. 294.

¹³ Rafael F. Muñoz, *op. cit.*, p. 33.

–Tú no eres soldado. ¿Adónde vas?

–Yo quería ir... a Chihuahua [...]

–También yo voy. ¡Sígueme!

Su voz era indeleble. Su ademán era como una brújula: señalaba una ruta, para siempre. Su mirada era como una montaña que cayera sobre la voluntad, aplastándola. Todo Él era una orden: “Conmigo te vas, por mí te mueres”.

Desde ese momento, dos fuerzas dominaron el espíritu del muchacho que regresa: una era el ansia del terruño, otra el magnetismo, la atracción, la dominación absoluta de Él. (pp. 168–169)

Donde resulta evidente el paralelismo que establece el autor con la figura de Cristo (lo que se refuerza mediante el mecanismo de usar la mayúscula para referirse a Villa), que llama a sus discípulos ofreciéndoles un destino que tienen que seguir porque una fuerza, un carisma superior les arrastra sin que puedan oponer una voluntad contraria.

Lo cierto es que, como el propio novelista reconoce, esta unión era casi imposible de romper; sin embargo, esto ocurrirá dos veces en la novela. La primera cuando, al final de la primera parte, uno de los “leones de San Pablo” contrae la viruela. Tiburcio Maya soporta con paciencia el miedo y el abandono de los demás compañeros de tropa; incluso cumple disciplinadamente la orden de matar al amigo y quemar su cuerpo, pero cuando ve que Villa pasa de largo sin ni siquiera saludarlo, temeroso también él de la enfermedad, se siente humillado y decide volver a sus tierras con su familia:

Al ver venir a su jefe, se irguió rápidamente e hizo el saludo; sus ojos se encendieron y se sintió vibrar de entusiasmo. Una palabra, un gesto y correría donde estaban atrincherados los pelones, echándoles muchos balazos... Aquél sí era hombre y jefe de hombres, no como el chivo de Urbina, hijo de perra, ladrón de caballos... Aspiró a todo pulmón el viento húmedo y quiso gritar un “Villa” que se oyera en todo Zacatecas.

Pero al fijarse en aquel carro, Pancho Villa encogió los hombros instintivamente y su mirada llamante expresó un repentino temor. Un instante miró a Tiburcio de arriba abajo, y haciendo una mueca se alejó del vagón y pasó adelante, alargando el paso. Dentro, el viejo quedó laso como un costal vacío, combando el dorso como un carrizo al viento.

–Está bien –dijo; aquí se acabó. (p. 95)

Es especialmente significativo que sea precisamente en este punto donde se produce la quiebra en la confianza entre los protagonistas porque el autor está marcando un límite temporal altamente simbólico: estos hechos se producen durante la batalla de Zacatecas, que marcó quizá la cima en la carrera de Villa y, en el universo de la novela, como vamos a ver, da paso inmediatamente a su declive y a su degeneración como líder revolucionario.

En efecto, a continuación vemos a Tiburcio, convertido de nuevo en campesino. Aunque han transcurrido dos años durante los que ha permanecido alejado de la guerra y de que ha prometido a su mujer que no volverá a abandonarlos nunca, en el fondo sigue esperando a Villa, sigue deseando recobrar su favor. Por la conversación con su hijo sabemos que las cosas han cambiado en el país: la aureola de héroe del caudillo ha sido sustituida por la de bandido; su familia le teme, los campesinos le odian porque roba y destruye; pero él sigue fiel (“Fui villista, lo sigo siendo y lo seré”, p. 100). Si no le busca es porque le había ninguneado al no haberle dirigido la palabra ante el vagón apeestado.

Un día Tiburcio ve pasar por sus tierras una columna de hombres en retirada, derrotados y perseguidos; Villa le reconoce y le vuelve a llamar: “Agárrala y vamos jalándole. No te olvides que aquí andan los puros hombres de calzón bien fajado” (p. 105). Es la primera vez que toma la palabra desde su fugaz aparición cuando los “leones de San Pablo” se encuentran con él para incorporarse a sus tropas y ya no volverá a abandonar el centro de la novela.

A duras penas a Tiburcio lo retiene la promesa de no abandonar nunca más a su familia. Villa pide que le lleve a su casa. Allí come lo que le prepara la mujer y concluye:

–Tienes razón, Tiburcio Maya... ¿Cómo podías abandonarlas? Pero me haces falta [...] Y para que sepas que ellas no van a pasar hambre ni van a sufrir por tu ausencia, ¡mira!
Rápidamente, como un azote, desenfundó la pistola y de dos disparos dejó tendidas, inmóviles y sangrientas, a la mujer y la hija.
–Ahora ya no tienes a nadie, no necesitas rancho ni bueyes. Agarra tu carabina y vámonos. (p.107)

Tampoco la pérdida posterior de su hijo, que muere dando la vida por el jefe, le hará romper esa cadena.

Sin duda, al lector se le podría ocurrir que se trata de una exageración y puede verse tentado de rechazar esta escena por inverosímil. Lo cierto es que el asunto plantea una cuestión a la que el propio Muñoz intentó responder en la biografía que del caudillo publicó para *El Universal Gráfico* con ocasión del renacido interés por el personaje que siguió a su asesinato en 1923 y que luego se editó en forma de libro con el título de *Pancho Villa, rayo y azote* (1955)¹⁴: ¿cómo consiguió Villa

¹⁴ En ella aprovechó, según su propia declaración, tanto los recuerdos que dictó el líder revolucionario a su médico personal, el doctor Ramón Puente (sobre todo en la primera parte, en la que se narra su vida hasta 1915) como sus recuerdos y experiencias personales (sobre todo en la segunda parte, en la que se relata su biografía entre 1915 y 1923). Sin duda, el mayor mérito del trabajo es el retrato que ofrece del caudillo: por una parte, Muñoz reconoce su valor y genio militar (“En los años de 1916 a 1920, en las llanuras del norte de

mantener la fidelidad de sus soldados incluso en circunstancias tan adversas? La respuesta que ofrecía en ese momento es el miedo que inspiraba¹⁵. No obstante, la novela supone en gran parte un replanteamiento de un dilema que, seguramente, es mucho más complejo.

De hecho también los historiadores¹⁶ han intervenido en esta cuestión aportado otros elementos que deben ser tenidos en cuenta, como la identificación que se produjo entre los campesinos y un líder carismático nacido del pueblo, que se manifestó por ejemplo en los relatos y canciones populares de sus gestas; o las características personales de Villa, que hacen de él un ejemplo de ese fenómeno tan estudiado que es el caudillismo hispanoamericano; o, incluso, algunos rasgos específicos que tuvo la Revolución Mexicana que explican que entre los generales y sus soldados se estableciese un tipo de relación que se parece más que a las habituales en un ejército moderno, a las que podía mantener un señor feudal con sus mesnadas.

Sea como sea, lo cierto es que el retrato que se ofrece de Villa a partir de este momento no tiene nada que ver con el guerrero victorioso, con el líder seguro de sí mismo de sus momentos de mayor gloria. Así, vemos cómo, en la derrota, se presenta como un hombre cruel y violento, pero sobre todo desconfiado. En este sentido se resalta su miedo a ser traicionado¹⁷: ahora que sabe que hay precio sobre su cabeza, ni siquiera se atreve a dormir con sus hombres, sino que cada noche se aleja con la amenaza de que si alguien se levanta, aunque sea para hacer sus necesidades, no dudará en matarlo temiendo que en realidad sea un traidor. De la misma manera, cuando cabalga, siempre se sitúa al final para que nadie pueda dispararle por la espalda¹⁸.

Además, crea un sistema con el fin de evitar posibles deserciones: convierte a cada hombre en espía y responsable de la fidelidad de otro de manera que si éste

México [...] se presenta al mundo el guerrillero más notable que ha existido hasta entonces. Superó a todos y por la nueva forma de hacer la guerra, nadie ya le igualará” (p. 100) y destaca sus muchas virtudes (“valor, audacia, resistencia, perseverancia”, p. 100); pero por otra, no duda en poner en evidencia la violencia, la crueldad de muchas de sus órdenes, sus errores políticos y militares, etc. Para alcanzar sus objetivos, Muñoz recurre con frecuencia a anécdotas que, si bien no aportan datos de valor desde un punto de vista historiográfico, sin embargo sí sirven para delinear al personaje desde un punto de vista literario. Lo que más nos interesa a nosotros ahora es que muchas de estas anécdotas, posteriormente serían retomadas y perfeccionadas desde un punto de vista artístico pasando a formar parte de sus cuentos y novelas, especialmente en la que estamos comentando.

¹⁵ *Pancho Villa, rayo y azote*, pp. 156–157.

¹⁶ Véase, por ejemplo, Friedrich Katz, *Pancho Villa*, México, Era, 1999, vol. II, p. 409 y Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996, vol. II, p. 671.

¹⁷ Sorprende la cercanía que guarda la novela a partir de este momento con la biografía que escribió del personaje Muñoz, *Villa, rayo y azote*.

¹⁸ Cfr. Rafael F. Muñoz, *Pancho Villa, rayo y azote*, op. cit., pp. 156.

escapase, al primero le costaría la vida. Así, todos saben que siempre hay alguien que vela para que no se raje y que hará lo que esté en su mano para impedirlo por la cuenta que le trae¹⁹.

Todo ello contribuye a reforzar una visión muy negativa de Villa, pues sobre la imagen del general revolucionario victorioso defensor de los humildes se impone la del caudillo bárbaro capaz de las mayores tropelías, odiado y temido por el pueblo. El propio Tiburcio es consciente de este cambio cuando se sorprende de que, en los mismos sitios en los que una vez se le adoraba, ahora se le rechace violentamente:

Es cierto –pensó–; pero entonces éramos el ejército constitucionalista y peleábamos contra la usurpación. Ahora, ¿qué somos? [...] ¿Somos soldados o somos...? El pensamiento de Tiburcio se detuvo asustado al borde de la palabra [...] –Somos bandidos. (pp. 123–124)

Esta situación genera el desánimo y la desconfianza, lo que va minando la moral de la tropa. En un gesto que tiene mucho de desesperación, Villa decide atacar la localidad estadounidense de Columbus con el fin de provocar una reacción nacionalista que le gane de nuevo las simpatías de los mexicanos y obligue al gobierno a detener su persecución, pero sólo consigue que, con el acuerdo tácito del estado, el ejército norteamericano entre en su busca.

En un enfrentamiento posterior con los carrancistas Villa resulta herido en una pierna y tiene que separarse de sus hombres: elige a algunos de máxima confianza, entre ellos a Tiburcio, y envía a los demás con otra dirección con la orden de encontrarse meses después en un punto concreto y se interna en unas montañas donde se refugia en una gruta con el fin de esperar a que la pierna se cure. Sin embargo, los norteamericanos, que han entrado en México para buscarle después del ataque a la ciudad de Columbus, están cerca y, en una salida que hace fuera de la cueva, capturan a Maya. Ante su negativa a decir dónde se encuentra Villa, los guías indios, con el consentimiento tácito de los oficiales, le someten a torturas (le arrancan la piel de los pies), pero ni siquiera así delata su paradero. Tampoco funcionará la táctica de trasladarle a un hospital militar yanqui e intentar convencerle mediante el trato afable y la promesa de curas, dinero y tierras.

Sin embargo, algo empieza a cambiar en Tiburcio que le permite juzgar con otros ojos lo que han sido los últimos años con Villa y, de alguna manera, recuperar su libertad:

Él tenía una sola manera de vengar: de hombre a hombre. Le hubiera dicho: ‘Pancho Villa, es usted el peor bandido que conozco; me ha asesinado a mi mujer y a mi hija. Usted trae pistola al cinto y yo también; vamos a ver quién tira primero

¹⁹ *Ibid.*, pp. 156–157.

[...] Pero no le hubiera asesinado nunca por la espalda, ni se hubiera aprovechado de que estaba herido [...] no lo delataría nunca. (p. 216)

Pero ya es tarde, al comprobar lo inútil de sus intentos, los norteamericanos le dejan en poder de los carrancistas, que le ahorcan²⁰.

La crítica sobre *¡Vámonos con Pancho Villa!* tradicionalmente ha juzgado la novela a partir de las propias palabras de Muñoz como un duro retrato de la “audacia, heroísmo, altivez, sacrificio, crueldad y sangre” de la Revolución. Asimismo ha destacado el retrato que logra su autor del Centauro del Norte gracias a que lo conoció directamente, lo que la convertiría casi en un documento de valor histórico. Sin embargo, en mi opinión, no se ha entendido que el narrador al mismo tiempo está planteando en ella un discurso político de plena actualidad en los años en los que fue escrita.

Cuando aparece la novela en 1931, México está viviendo unos momentos cruciales de su historia reciente. A punto de cumplirse, en 1928, el mandato de su sucesor, Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón decide optar a la reelección. Para conseguirlo, fue necesario que las cámaras buscasen un truco legal que, de hecho, venía a anular el sentido histórico del principio de no reelectividad del Presidente en nombre del cual se había producido el levantamiento de Madero contra la dictadura de Porfirio Díaz y el inicio de la Revolución: “Se trataba de otorgar legalidad constitucional al principio caudillista”²¹. La decisión provocó uno más de los por aquellos años frecuentes levantamientos armados, encabezado por los generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez, que acabó con el asesinato de estos últimos, sucesos que, como es sabido, están recreados en *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. Sin embargo, justo después de su prevista victoria electoral, Obregón fue asesinado por un católico radical en plena escalada de la Cristiada, que se había desatado como consecuencia de la política abiertamente anticlerical de Calles.

La situación que se planteaba en ese momento era especialmente delicada, pues se encontraban uno frente a otro dos grupos de presión en teoría aliados pero, en realidad, en lucha abierta por el poder: el que había apostado por Obregón y que temía perder unos beneficios que creía ya al alcance de su mano y el que había sustentado a Calles durante su mandato, que veía ahora la ocasión para reinstalarse en el mando. Con gran habilidad, Calles logró aprovechar el momento para ir dividiendo a los contrarios mientras afianzaba sus posiciones. El instrumento gracias al cual consiguió esto fue la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR),

²⁰ Resulta interesante para entender el método de recreación literaria de la historia de Muñoz comparar este episodio final con el relato de los mismos hechos que hace en *Pancho Villa, rayo y azote*, *op. cit.*, pp. 114–115.

²¹ Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del maximato (1928–1935)*, México, Era, 1996, p. 17.

del que fue nombrado Jefe Máximo, a través del cual logró no sólo imponer a los diversos presidentes que se sucedieron en los años sucesivos (Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez), aun incurriendo en evidentes fraudes electorales, sino también someter a estos a su autoridad²². Fue el nacimiento de lo que se ha llamado el “maximato”, que tampoco se consolidó sin sangre, ya que tuvo que sofocar mediante las armas otro intento de golpe de estado, esta vez de militares obregonistas al mando del general José Gonzalo Escobar.

Así, pues, en los años en los que Muñoz escribe y publica la novela, el país está sumido en una situación crítica debido a los excesos de un caudillismo militar surgido de la Revolución que se niega a abandonar el poder y que se sustenta gracias a la corrupción y el asesinato. Creo, por tanto, que es legítimo establecer un nexo directo entre la visión de la Revolución que ofrece Muñoz en la novela y la realidad de su tiempo. Como hemos visto, en ella se presenta una revolución que gozó del apoyo popular y cuyos ideales, en cierto sentido, pudieron justificar una cierta violencia; pero que derivó en poco tiempo en un enfrentamiento entre caudillos que sólo matan para conseguir el poder y que no tienen ningún escrúpulo en condenar al mismo pueblo que una vez los siguió a la miseria moral y a la destrucción; en definitiva, que han pasado de ser héroes a simples bandidos.

Muñoz, por tanto, estaría novelando lo que Carlos Fuentes ha descrito de la siguiente manera: “Cuando una revolución lucha contra la tiranía, es épica. Cuanto lucha contra sí misma, se vuelve trágica”²³. En este sentido, cabría preguntarse, además, si con la evolución final de Tiburcio Maya que, por fin, logra romper con ese yugo que le encadena a Villa estaría indicando el autor su fe en que el pueblo mexicano podrá en algún momento liberarse del caudillismo que impedían la realización de los ideales por los que se había hecho la Revolución.

Es evidente que esta tesis, en el momento en que se publicó la novela, resultaba arriesgada porque era de hecho un duro ataque contra el régimen político que había surgido de la Revolución y, en primera persona, contra el propio Calles. Quizá por ello Muñoz optó por centrar su discurso en la figura de Villa²⁴ que, durante aquellos

²² Los conflictos entre Calles y los diversos presidentes fueron continuos y, de hecho, llegaron al punto de que el segundo de ellos se vio obligado a dimitir. Además, conviene recordar cómo el PNR fue perfeccionando la capacidad para falsificar los resultados electorales a favor de sus candidatos, como ocurrió cuando Vasconcelos optó a la Presidencia contra Ortiz Rubio.

²³ Carlos Fuentes, “Oye tú, Francisco Villa...”, en *El País*, 6 de abril de 1999, p. 15.

²⁴ Por otra parte, sin duda la elección de Villa como protagonista de la novela se pudo ver favorecida porque Muñoz había seguido de cerca su trayectoria durante años: ya en su primera infancia, su padre había tenido algún enfrentamiento con él, hasta el punto de que llegó a amenazarle de muerte; posteriormente, a la edad de trece años, se fugó de su casa para unirse a la “bola” en sus fuerzas. No obstante, no parece que tuvieran un contacto estrecho puesto que él mismo definió así cómo vivió estos años: “ante el villismo fui simplemente un

años, era un personaje marginado por el poder y, por tanto, en quien se podían representar todos los males del país. Hay que recordar, por ejemplo que cuando se fundó el Partido Nacional Revolucionario (1929) se hizo un esfuerzo de unidad para dar cabida en la lista de los héroes del Partido y del Estado a todos los grandes protagonistas de aquellos años, como Madero, Carranza, Zapata y Obregón, pero voluntariamente se dejó de lado a Villa.

Por otra parte, hay que recordar que esta visión negativa que transmitía Muñoz del desarrollo político de México en aquellos años es común a muchos de los novelistas de la Revolución. Aunque podía no gustar a los grupos dirigentes, sin embargo, no desencadenó persecuciones ni censuras.

Quizá la explicación haya que buscarla en que al poner el foco en un momento del país, pese a todo, glorioso y en la lucha del pueblo, se creaba un arte nacional y puramente mexicano, de acuerdo con los postulados político-ideológicos que emanaban del Estado revolucionario. Además, el régimen tuvo la habilidad de permitir cierto grado de discrepancia en su interior, siempre que no se atentase directamente contra su esencia, sino que pudieran entenderse como un deseo de reformar los posibles desajustes de un sistema que, en lo fundamental, era válido.

Esta interpretación se ve favorecida, además, porque en su siguiente novela, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, la figura del Centauro del Norte aparecerá sólo en un segundo plano, pero siempre vista con un trasfondo de admiración por su valentía y su habilidad militar, que es reconocida incluso por sus propios enemigos. Este nuevo enfoque puede deberse, es cierto, a que en los años en los que se ambienta la novela Villa había permanecido fiel a Madero y, por tanto, luchaba a favor de un gobierno que representaba la voluntad del pueblo y encanaba los deseos de alcanzar un cambio para el país. Pero también hay que recordar que en esos años, el afianzamiento en el poder de Lázaro Cárdenas había propiciado una recuperación de su figura entre otros motivos como elemento que le servía para marcar distancias respecto de su antecesor, Calles²⁵.

muchacho con los ojos bien abiertos”²⁴. De hecho, se trató de un episodio de corta duración pues en 1913 estaba estudiando en la Escuela Preparatoria de ciudad de México, de donde saldría tras el golpe militar de Victoriano Huerta. Además, en los años siguientes, seguiría como periodista su actividad durante las distintas fases que atravesó.

²⁵ F. Katz, *op. cit.*, vol. II, p. 391. Recordemos a este respecto lo que afirmar Martín Luis Guzmán en el prólogo de sus *Memorias de Pancho Villa*, México, Compañía General de Ediciones, 1971, pp. 12–13: “Me lo exigían [...] móviles de alcance político, hacer más elocuentemente la apología de Villa frente a la inquietud con que la contrarrevolución mexicana y sus aliados lo han escogido para blanco de los peores desahogos”. También las declaraciones de Nellie Campobello en las que afirmaba que con *Cartucho* fue la primera que intentó reivindicar la figura de Villa y que a Calles no le gustó nada por este motivo.

Por el propio autor sabemos que la publicación de su segunda novela, *Se llevaron el cañón para Bachimba*²⁶, resultó muy complicada: empezó a escribirla en 1934 y la dio por terminada en 1936. Envio el manuscrito a España con el fin de que la publicara Espasa-Calpe, como la anterior, pero el inicio de la Guerra Civil lo impidió; por fin, pudo ser publicada en 1941 en Buenos Aires²⁷.

La novela, sin duda, supone una novedad respecto de la anterior. Por una parte, es evidente que Muñoz era consciente de los defectos estructurales que ya hemos señalado y, por tanto, es natural que pusiese ahora todo su empeño en evitarlos a toda costa:

La hice con más cuidado. La naturaleza se mueve; es más plástica, charla, mucho más que en *¡Vámonos con Pancho Villa!* La hice con una arquitectura de propósito muy medida. Ya tiene género de libro desde el principio, es decir, [al] referirse exclusivamente a la participación de Alvarito en la Revolución de Pascual Orozco²⁸.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que para entonces la situación política y cultural había evolucionado. La llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República en 1934 significó el fin del maximato; para conseguirlo, el nuevo presidente tuvo que reunir a su alrededor los suficientes apoyos militares, políticos y, sobre todo, populares que le permitieron en poco tiempo reventar el sistema político del callismo. No sólo, mientras enviaba al exilio al Jefe Máximo, revisaba a fondo la política anticlerical impulsada por Calles acabando así con la Segunda Cristiada e iniciaba una política de reparto de tierras a los campesinos pobres y nacionalizaba el petróleo, enfrentándose con Estados Unidos, lo que chocaba directamente contra lo que había sido el periodo anterior.

Paralelamente, desde mediados de los años treinta se empezaron a oír cada vez con más fuerza voces que ponían en duda que la Novela de la Revolución Mexicana, tal como se había mostrado hasta ese momento en sus ejemplos más representativos, representara ese modelo válido de ese arte revolucionario que se había venido exigiendo desde 1925²⁹. María del Mar Paúl Arranz³⁰ señala que las acusaciones

²⁶ Es el principio de una canción revolucionaria, que se convirtió en himno extraoficial del orozquismo. Véase, Pedro Salmerón Sanginés, “Benjamín Argumedo y los colorados de La Laguna”, <http://www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc28/334.html>, p. 6.

²⁷ E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1994, p. 295.

²⁸ I. Catherine Jeffery, *op.cit.*, p. 80.

²⁹ Esta acusación de que la Novela de la Revolución Mexicana había fracasado a la hora de presentar una visión de la Revolución que fuese coherente con los principios fundamentalmente ideológicos, no tanto estéticos, que se habían establecido desde 1925 como necesarios para crear una literatura nacional y revolucionaria, quizá haya que ponerla en relación con las distintas voces que desde fuera, pero también desde dentro del propio régimen, se estaban alzando desde al menos 1931 poniendo en duda los éxitos políticos y sociales alcan-

que se les hacía eran varias, pero entre ellas cabe destacar dos: en primer lugar, que habían dado una visión del hecho revolucionario excesivamente centrada en la violencia y en los hechos más sangrientos, lo que daba una mala imagen de la lucha popular; en segundo lugar, que estos autores no demostraban su coherencia ideológica poniendo más énfasis en los fracasos de la Revolución que en sus éxitos.

Así, pues, con el fin de resolver los dos problemas que se le planteaban, el de conseguir una mayor perfección formal para su novela y el de expresar una nueva visión de la Revolución buscando cuál había sido su significado histórico, Muñoz toma dos decisiones fundamentales: elige ambientarla durante un suceso aparentemente menor de la Revolución, el levantamiento de Pascual Orozco en 1912, y recurre a una fórmula narrativa de gran tradición en la literatura occidental, el *Bildungsroman* o novela de formación o de aprendizaje³¹.

Pascual Orozco había sido el principal apoyo militar con que contó Madero en su lucha contra Porfirio Díaz. Su prestigio fue tal que incluso hubo quien pensó en él como un posible candidato a Presidente o a Gobernador del Estado de Chihuahua. Como muchos otros, Orozco no compartió muchas de las medidas que tomó Madero durante los primeros meses de su mandato por lo que hacia él se volvieron inmediatamente las miradas de algunos de los descontentos bien porque habían apoyado la Revolución y no habían recibido la recompensa que esperaban; o bien porque eran partidarios del antiguo régimen y querían recuperar la influencia perdida. Incluso para los que habían perdido la fe en Madero porque no aplicaba inmediatamente las reformas prometidas, como el propio Zapata, Orozco era un referente. Hasta el punto de que al lanzar en 1911 su Plan de Ayala lo hizo reconociendo “como jefe de la Revolución Libertadora el ilustre C. Gral. Pascual Orozco”³².

Rápidamente las tensiones políticas que siguieron al triunfo de la Revolución maderista se fueron radicalizando, especialmente en el norte, donde los partidarios de Pascual Orozco tenían más fuerza. Hasta que en 1912, después de algunas revueltas locales a las que al principio él mismo se opuso, decidió encabezar el que sería el levantamiento más estructurado y peligroso que había vivido el nuevo gobierno hasta ese momento. La mayor parte de los jefes militares de la región que habían luchado contra Díaz en 1910 le siguieron en esta aventura (con la excepción entre otros pocos de Pancho Villa) y en poco tiempo el estado de Chihuahua, y otras

zados por la Revolución desde su triunfo. Sobre este tema, véase Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1972, pp. 29 y ss.

³⁰ María del Mar Paúl Arranz, art. cit., pp. 51–53.

³¹ María de los Ángeles Rodríguez Fontela, *La novela de autoafirmación. Una aproximación teórica e histórica al “Bildungsroman” desde la narrativa española*, Kassel, Reichenberger–Universidad de Oviedo, 1996.

³² Alan Knight, *op. cit.*, I, p. 337.

zonas del norte de país, quedó prácticamente bajo control de los “colorados”, como se hacían llamar sus partidarios.

La posibilidad de que las fuerzas rebeldes descendiesen hacia la capital federal fue un temor real que, sin embargo, pronto quedó en nada. Después de un primer fracaso del ejército federal, que huyó tras la explosión de una “máquina loca”, es decir, de un tren cargado de dinamita lanzado en su contra por los rebeldes, Madero encargó a Victoriano Huerta la defensa del régimen. Ahora sí, el ejército federal, mejor armado y conducido con mayor eficacia, fue derrotando a los orozquistas y obligándoles a retirarse hacia las montañas.

Aunque el autor, que presenta todos estos hechos en la novela, detiene en este punto la historia, no obstante es importante recordar cuál fue la evolución posterior de los colorados. Orozco tuvo que exiliarse en Estados Unidos pero pocos meses después, tras el golpe de estado que acabó con la vida de Madero y Pino Suárez, regresó y pactó con Victoriano Huerta. Éste intentó usar su prestigio para alcanzar algún tipo de pacto con los zapatistas primero y para acabar con Villa en el norte después. El triunfo del ejército constitucionalista le obligó a exiliarse de nuevo a Estados Unidos, donde murió en un enfrentamiento con fuerzas del orden de aquel país en 1915.

Aunque estos hechos han quedado en la historia de aquellos años tapados por los que sucedieron después, lo cierto es que en ningún caso pueden considerarse como un suceso menor. Entre otras cosas porque, de alguna manera, pueden considerarse como un anuncio de lo que ocurriría posteriormente, ya que supuso el primer enfrentamiento armado que se producía entre las diversas facciones que habían luchado para derribar a Porfirio Díaz y demostraba los peligros del caudillismo.

Como es habitual en él, Muñoz evita conscientemente tomar partido y ofrece en varios momentos de la novela diversos puntos de vista sobre el personaje histórico de Orozco y sobre estos hechos. Así, por ejemplo, pone en boca del padre de Álvaro la versión más negativa: “Afirmaba mi padre que no estaban satisfechos con la ventaja personal obtenida con el triunfo y que volverían a las armas para acrecentarla” (p. 52). Más tarde, reproduce el retrato que hace del personaje un periodista que en líneas generales resulta bastante imparcial en el que se le presenta como un caudillo de carácter callado pero irreductible, de férrea voluntad y gran honradez. Quizá el único momento en el que la voz del escritor se deja escapar una opinión personal la encontramos cuando un soldado explica a Álvaro la gravedad del error histórico que cometió:

En el fondo somos una bola de traidores. Muchos de los que estuvieron con nosotros en la pelea pasada ahora son nuestros enemigos. Ya ves el Pancho Villa [...] Él era un bandido y nosotros gente buena; ahora él es un leal y nosotros unos volteados. Y una mala causa no gana nunc. (p. 185)

Como hemos dicho poco antes, Muñoz tuvo que tomar dos decisiones cruciales para resolver el problema ideológico y estético que se le planteaba en su segunda novela. La primera fue la elección de un hecho histórico que generalmente ha sido olvidado por la literatura para encuadrar la historia de su protagonista; la segunda, la elección de un modelo narrativo, el *bildungsroman* o novela de formación, para contar esa misma historia.

El género nace a finales del siglo XVIII en Alemania cuando Goethe publica su *Wilhelm Meisters Lehejahere* (1795–1796), en la que se nos cuentan los distintos avatares por los que pasa un joven durante el paso de la adolescencia a la madurez, y cómo en ese momento tiene una experiencias nuevas (el amor, la amistad, la muerte, las desilusiones, etc.) que le ayudarán de manera decisiva a madurar y a tomar conciencia de su papel en el mundo y en la sociedad.

Desde sus orígenes, el género exige del protagonista que sea actor y receptor de sus propias experiencias. Como todo ser que busca su propia identidad, el héroe del *Bildungsroman* se reconoce en la historia que él mismo narra y de la cual es protagonista. De esta manera, sin ser una autobiografía en sentido estricto, ya que es fruto de la invención de un autor que permanece oculto, el género se acerca a esa forma.

Siguiendo este modelo, *Se llevaron al cañón para Bachimba* narra en forma autobiográfica la vida durante unos pocos meses de un adolescente de trece años, Álvaro Abasolo, a quien su padre, ante lo que considera el inminente estallido de una nueva guerra civil, deja en la casa familiar en compañía de un viejo criado porque considera que no sería capaz de soportar un viaje tan largo y duro ya que “todavía te faltan muchos años para ser hombre”³³. Sin duda estas palabras y el gesto final del muchacho cuando su queda sólo, corriendo “un pesado cerrojo”, señalan el final de una etapa, la de la niñez, que dará paso a otra aún insospechada. Efectivamente, pocos días más tarde, será él mismo quien abra esa misma puerta a unos hombres armados que la ocupan. Su encuentro con su jefe, el general Marcos Ruiz, nos sitúa ante una experiencia ya conocida:

Me sentí dominado; su voz, sin ser gritona, y sus ademanes, sin ser violentos, eran de mando [...] Yo le seguía, sintiéndome pequeño a su lado. Caminaba él asentando todo el pie, con decisión, como si se apoderara del suelo. (p. 58)

De nuevo, pues, el encuentro del protagonista con un caudillo, con alguien que desprende carisma, fuerza y poder, ante el que los demás se apartan con una mezcla de respeto y de temor.

Como Villa en la novela anterior, Marcos es valiente y arriesgado hasta el extremo con su vida, pero de la misma manera desprecia la de los demás, como cuan-

³³ Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, México, Era, 2007, p. 51. Todas las citas que se hagan de la novela a partir de ahora remiten a esta edición.

do mientras hace prácticas de tiro, por accidente mata al viejo criado Aniceto. Contrasta la indiferencia con la que sigue con sus ejercicios, mientras Álvaro llora de dolor por su viejo sirviente. Sin embargo, también tiene características bien distintas: no impone sus órdenes sólo por el miedo, “además, razonaba, explicaba” (p. 58), como corresponde a un antiguo maestro; pese a lo cual, consigue el respeto y la fidelidad de sus hombres. Pero sobre todo, cuando llegue el momento de la derrota, sabrá dar un paso atrás y dejar en libertad a sus hombres sin exigirles que den la vida por él. Así, cuando Álvaro insiste en su deseo de seguirle hasta el final, Marcos le marcará lo que deberá ser su destino y desaparecerá dejando una nota en la que sólo ha escrito: “Nadie me encontrará”. En cierto sentido, casi se puede ver en esta desaparición del personaje una mitificación del caudillo que permanece fiel a su destino revolucionario y que sólo regresará “cuando sea tiempo” (p. 231).

Así, pues, pese al inicial recelo, poco a poco Álvaro se va integrando entre los revolucionarios. Así cuando en los días sucesivos Marcos procura a sus hombres sombreros, cazadoras, pañuelos y espuelas, Álvaro comenta: “De todo tuve mi parte y quedé igual a los demás en el exterior. En mi interior iba acercándome a aquellos hombres” (p. 62). Este proceso culminará con su plena y definitiva integración en el movimiento revolucionario cuando acompaña a Marcos al encuentro con Pascual Orozco. No se tratará, sin embargo, de una decisión tomada racionalmente (y quizá haya que considerarlo normal teniendo en cuenta que se trata de un niño de trece años):

El color [rojo] más que otra cosa acabó por conquistarme: sentí orgullo de ser “colorado”. Las otras causas, las verdaderas causas de la lucha, por profundas que fueran, quedaron en segundo término [...] ¿Qué pretendíamos los “colorados”? ¿En qué había sido traicionada la revolución? ¿Por qué los que ayer eran amigos de nuestros jefes, se han colocado ahora en contra de nosotros? No lo sabía ni me preocupaba por saberlo. Yo era un “colorado” y nada más. (pp. 73–74)

Su camino ya está trazado y cuando las tropas dejan la ciudad, a sabiendas de los riesgos que corre y de la dureza de la vida que arrastrará, toma la decisión:

El desastre de mi casa no me afectó. Había perdido el interés por todo ello. La nueva vida me apasionaba, mientras la antigua –si vida había sido– la consideraba para mí un lastre. Por fin iba a estar fuera de aquella casa, para sentirme igual a los otros y que no hubiera motivo para que ellos me miraran como un extraño. Iba a partir para la guerra únicamente por mi gusto, como sin excepción lo hacían todos los demás. (p. 79)

El viaje a caballo proporcionará a Álvaro algo muy importante: la ocasión de conocer de cerca el paisaje de México, sus pueblos, su gente. Asistimos, por tanto, a la progresiva identificación del personaje con su propio país. Al mismo tiempo su relación con Marcos no sólo es cada vez más estrecha sino que va adquiriendo matices paterno–filiales. Así, será el general el que le enseña a disparar y le explicará

cómo es la vida del soldado revolucionario, cómo se sobrevive en el desierto, cuándo se descansa, etc; le reprenderá cuando se equivoca (p. 148) pero también le intentará proteger en las ocasiones más peligrosas. La relación va adquiriendo cada vez más intimidad hasta el punto de que, aunque en presencia de otros se respetan las jerarquías, en la intimidad Álvaro le tutea (p. 89). No es de extrañar que el muchacho se sienta unido a él de una manera especial:

- ¿No te arrepientes?
- No tengo motivo.
- La fatiga, el peligro, lo innecesario de la incertidumbre [...] Si por casualidad salieras bien de ésta, ¿entrarías en otra?
- Tuve que ser sincero.
- Contigo sí, Marcos.
- Entonces fue él quien no contestó nada.

Son meses muy duros: conocerá la guerra y se enfrentará con valor a la muerte, sabrá lo que es la euforia de la victoria pero también la tristeza de la derrota. De esta manera, se irá conformando su nueva personalidad: deja de ser un niño y se le irán confiando cada vez misiones más importantes: es ascendido a Teniente y él mismo exigirá que ya no le llamen Alvarito, sino Abasolo (p. 85); se le promete una ametralladora; se le ordena que capture a un norteamericano que ayudaba a Villa y lo fusile; se le pone al frente de veinte hombres comportándose en todo momento como un buen oficial; etc. Entre las enseñanzas fundamentales que extraerá también hay que mencionar la de la necesidad de desmitificar la épica de la guerra (pp. 126–127 y p. 136) y la de reconocer el valor del enemigo.

Sin embargo, el momento culminante de este proceso formativo que ha de concluir con la definitiva toma de conciencia de sí mismo como hombre y como miembro de una comunidad se produce al final de la novela, en plena derrota, y tiene como núcleo central el significado profundo de la Revolución como lucha por la justicia social³⁴:

³⁴ Parece claro, pues, que Muñoz recupera para la Revolución el levantamiento de Pascual Orozco a pesar de sus errores reconociendo en algunos de los que participaron en él unos ideales sinceros de defensa de los intereses del pueblo. Hay que tener en cuenta que como ocurrió con otros movimientos como el villista, el zapatista, el maderista, etc., también entre los colorados convivían sensibilidades distintas y que, entre ellas, una de las que se dejó ver, por ejemplo en su Plan de la Empacadora fue la del magonismo, que asumía y superaba muchas de las propuestas iniciales del Plan de San Luis (como la necesidad de una reforma agraria, la nacionalización del ferrocarril, la implantación de mejoras en laborales: subidas salariales, mejoras en las condiciones de los obreros, restricciones para el trabajo infantil, etc.).

No estamos peleando por venganza, Alvarito. La Revolución es algo más, algo tan grande, que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota. El hambre, una punta de hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arrancan del vientre aquel hierro, que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la Revolución.

—¿El presidente Madero no es revolucionario?

—Sí, lo es, y nosotros, sus contrarios, lo somos también. Pero queremos llegar al mismo lugar por caminos distintos. Madero, Orozco. Nombres nada más. Nosotros no debemos personificar las ideas, porque el pueblo se aleja más fácilmente de los hombres que de las tendencias. No es preciso que sea Orozco el que triunfe sobre Madero, ni Madero el que se imponga sobre Orozco; es preciso que sea el pueblo el que triunfe, a pesar de la ceguera de sangre, de los odios... y a pesar de los hombres. (p. 209)

Pero, sobre todo, la Revolución no hay que entenderla sólo como un hecho aislado, sino que es un eslabón más en la larga lucha del hombre por la libertad y la justicia:

No hay que dejar morir la revolución mientras no se logren sus fines. Y si nosotros no podemos llegar hasta su término, otros vendrán a completar nuestra obra [...] Recuerda lo que fue la guerra de independencia: once años de lucha. En ocasiones parecía que la hoguera se había apagado, consumidos todos los hombres que despedían fuego insurgente, pero venían otros y lo avivaban. Los iniciadores no vieron su obra concluida, ni veremos nosotros la nuestra, pero los que vengan después nos recordarán... Quizá modifiquen nuestros propósitos, pero la idea primordial, el bienestar del pueblo, subsistirá a través de todos los cambios... (p. 222)

Adquiera ahora sentido pleno la escena del principio de la novela en la que Marcos, que está tomando posesión de la casa de Álvaro entra en un despacho en el que están los retratos familiares. El adolescente cuenta la historia de su familia: el bisabuelo, que mandaba tropas de la corona, se unió a los insurgentes después del fusilamiento de Hidalgo; su abuelo, militar liberal y juarista, luchó contra los norteamericanos primero y contra los franceses que apoyaban a Maximiliano de Austria después; el padre, demócrata, profesor de leyes y director de Instituto, no quiso seguir la tradición familiar porque era contrario a Porfirio Díaz: “no hay cosa peor que los soldados cuando quieren gobernar militarmente a un país [...] Aborrece a los que abusan, sean militares del Gobierno o sean revolucionarios” (pp. 59–60). Marcos se declara admirador de estos hombres cuya obra entiende que Álvaro será el encargado de continuar:

Los “colorados” hemos fracasado. Otros tendrán que venir, los que son más jóvenes que yo y de más edad que tú. Quizá también a ti te toque actuar algún día;

tienes modo de instruirte y serás abogado, o ingeniero, o cosa así. Probablemente no haya otra revolución, pero la inquietud subsistirá mientras el pueblo sienta la miseria. Entonces recuerda a los que cayeron en los campos de batalla combatiendo por el bienestar de los demás, y a los que no quisieron seguir la lucha y se apartaron, y a los que no quisimos rendirnos [...] No mires a la guerra como una belleza, sino como un horror. Es el último extremo, el recurso que queda ante el fracaso de todos los otros. Es la desesperación.

Aunque el pueblo siempre la comienza, su enemigo es siempre quien la provoca. Cuando puedas hablar, habla; y di que no por temor, sino por afecto, por justicia, hay que sacar al pueblo de la miseria. Si todos están callados, grita; si todos gritan, únete. (pp. 235–236)

Álvaro, ya solo por la desaparición de Marcos, decide volver a su casa. Se encuentra con un pequeño grupo de soldados federales comandados por un joven oficial, “era algo así como el Abasolo del otro lado. No le tuve miedo. Sonreí” (p. 240). Le quitan las armas y le dan un papel para que se presente en el Cuartel General. Mientras camina, demuestra que ha tomado plena conciencia de sí mismo:

Yo soy un hombre completo desde hace mucho tiempo. Yo sé luchar, yo sé resistir, yo sé perder. Yo tengo las enseñanzas de una vida y un propósito muy alto para el futuro. Vencido, solitario, extraviado, no me he rendido ni me rendiré. Adonde quiera que vaya, alto o bajo, tengo ya una finalidad que seguir, una lección que obedecer, un sentimiento íntimo que practicar. (p. 241–242)

El proceso de maduración ha terminado: Álvaro se ha hecho un hombre (“Hay que [...] marchar por la vereda angosta pisando con firmeza [como pisaba Marcos al comienzo de la novela]”, p. 242). Libre y feliz sigue caminando mientras recuerda lo que le contaba el viejo Aniceto cuando era pequeño: en un pueblo había dos jorobados, uno bueno y otro malo. Un día el bueno fue a dormir al bosque y por la noche oyó a unas brujas que cantaban una canción: “Lunes y martes y miércoles, tres; lunes, martes y miércoles tres”. Después de escuchar un rato, el jorobado intervino: “Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis”. Las brujas, muy contentas con el añadido que mejoraba la canción, como premio le quitaron la joroba y la dejaron colgada en un árbol. Cuando el jorobado malo se enteró decidió hacer lo mismo; así, cuando oyó a las brujas repetir su canción, añadió: “Y domingo siete”. Las brujas se enfadaron porque había estropeado los versos y, como castigo, le añadieron a su joroba la del otro.

Álvaro ya puede viajar sin joroba porque ya no es un niño que se limita a repetir servilmente lo que ha aprendido de los demás, pero sin entender el significado profundo de lo que hace; porque ha comprendido que un hombre, para serlo de verdad, tiene que adaptar lo que le enseñaron a sus nuevas circunstancias, pero manteniendo lo que es válido; es decir, como el jorobado bueno tiene que añadir algo nuevo a la canción pero sin romper con su ritmo esencial. Desde este punto de vista, Álvaro ya

no será nunca, en palabras de Mariano Azuela en *Los de abajo* esa hoja a la que arrastra el huracán de la Revolución, sino que es dueño de su destino.

Sólo de esta manera la historia de la búsqueda de la justicia podrá seguir avanzando. No importa si no llegamos a ver cómo la Revolución alcanza sus objetivos del todo porque lo esencial no es el hombre sino el pueblo, porque lo importante es la lucha por la libertad en sí misma.

En definitiva, creo que es evidente que *Se llevaron el cañón para Bachimba* representa una evolución en la narrativa de Rafael F. Muñoz. Por una parte, ha conseguido dotar a su novela de una estructura formalmente mucho más perfecta gracias al personaje y narrador Álvaro Abasolo, elemento unificador fundamental, sino también merced a las continuas referencias internas del relato³⁵ que conforman un universo simbólico fundamental para poder entender su discurso ideológico³⁶. Además, la novela responde fielmente al nuevo clima político y social generado por Cárdenas. Conviene recordar, en este sentido, que también intentó hacer una política de reconciliación con el pasado permitiendo el regreso en 1936 de los exiliados políticos de tantos años de caudillismo, lo que podría explicar no sólo la reivindicación del significado histórico del levantamiento de los colorados, sino también una cierta recuperación de la figura de Villa.

Creo, por tanto, que podemos afirmar que las críticas que se han lanzado sobre *¡Vámonos con Pancho Villa!* y sobre *Se llevaron el cañón para Bachimba* han sido fundamentalmente injustas. Por una parte, no sólo cuando se destacaban sus límites artísticos, se hacía a partir de unos presupuestos teóricos que no eran los de su tiempo, sino que, sobre todo, no se ha tenido en cuenta su marcado carácter político y polémico. En efecto, sólo si tenemos en cuenta que ambas responden a las polémicas literarias sobre la necesidad de una crear una nueva novela nacional y revolucionaria; y sobre todo, si no se olvida que ofrecen una visión crítica de la realidad de México en los años que siguieron a la consolidación del régimen surgido tras la Revolución, con su exigencia de superación del caudillismo, podremos entender cabalmente la verdadera naturaleza de su propuesta de un nuevo acercamiento a la Revolución buscando detrás de la anécdota bélica y violenta, la realidad profunda del hombre mexicano y el significado histórico de su lucha.

³⁵ La novela presenta así un carácter circular: empieza en Chihuahua, sigue hacia el sur, luego al norte y al final él protagonista se dirige hacia el mismo lugar del que salió. Además, sus recuerdos en el camino de vuelta a casa remiten al principio del relato (la casa, el padre y el viejo criado Aniceto). Además, si al principio vemos a Alvarito despedirse de su padre en el momento de marcharse, al final también se despedirá de igual forma de Marcos, que ha sido para él otro padre en este tiempo.

³⁶ Así, ocurre, por ejemplo, con la comparación simbólica de Marcos con un pino que ha sido incendiado por un rayo durante la tormenta provocando el miedo a su alrededor pero que poco después ya no es nada e incluso los leñadores lo desprecian (pp. 66 y 238).